

## ESPERANZAS Y FRUSTRACIONES DEL EDUCADOR

JUAN J. RUEDA ESTEBAN\*

Fecha de recepción: junio de 2011

Fecha de aceptación y versión final: julio de 2011

### RESUMEN

*Todos en alguna medida somos educadores en la vida. Algunos lo somos especialmente, ya que nos dedicamos específicamente a la educación o somos padres. Esta labor nos llena a todos de esperanzas e ilusiones que conviven con frustraciones o desilusiones. En este artículo, tras reflexionar sobre qué significa educar y cómo la educación está unida al optimismo y la confianza en los otros, recorreremos las principales frustraciones y esperanzas que aparecen en cualquier proceso educativo. La última parte es una reflexión acerca de lo que aporta el cristianismo al ser educador.*

PALABRAS CLAVE: educar, ilusiones, retos, vocación.

### THE EDUCATOR'S HOPES AND FRUSTRATIONS

### ABSTRACT

*We are all educators in life, in one way or another. Some of us, as parents or people involved in education, are especially so. This work fills us with hopes and*

---

\* Responsable Pedagógico del Equipo Titular de Centros BVMaría (Irlandesas). Sevilla. <juanruedaesteban@yahoo.com>.

*dreams that coexist with frustration or disappointment. In this article, after reflecting on what it means to educate, and how education is linked to optimism and trust in others, we review the main frustrations and hopes that arise in every educational process. The last section expands on Christianity's contribution to being educators.*

KEY WORDS: educate, dreams, challenges, vocation.

## Esperanzas y frustraciones del educador

A. Saint-Exupéry escribía en *El Principito*: «Es el tiempo que has perdido por tu rosa lo que ha hecho de tu rosa algo tan importante». Si lo aplicamos a la educación, la frase es arrolladora: «Es el tiempo que has perdido por un niño lo que ha hecho del niño algo tan importante».

Decía John Lennon que «la vida es lo que sucede mientras estamos haciendo proyectos de futuro». La educación está hecha de lo que va ocurriendo cada día, en cada momento, más allá de nuestros proyectos educativos. Escribir de las esperanzas y las frustraciones del educador es hablar de la vida y de lo que va ocurriendo cada día. Todos somos, en mayor o menor medida, educadores los unos de los otros. Todo nuestro existir nos lo pasamos formando, transformando y educándonos los unos a los otros. Todos vivimos esperanzados y frustrados. Sin embargo, algunos –por nuestra condición de padres, profesores o...– tenemos una misión/vocación especial de educadores. Por eso, todos experimentamos en esta «actividad» esperanzas y frustraciones. Así ha sido siempre, y así será. Por tanto, no podemos evitarlas, sino analizar cuáles son y qué herramientas necesitamos para gestionarlas.

Para Harris<sup>1</sup> la educación es el proceso de remarcar continuamente, re-crear, reconstruir y reorganizar nuestras experiencias humanas, dándoles

---

1. M. HARRIS, *Fashion me a people. Curriculum in the Church*, Westminster / John Knox Press, Louisville, KY, 1989.

un sentido para que nos ayuden a decidir adónde ir y qué hacer después. Es a través del proceso de experimentar y reflexionar sobre diferentes experiencias como podemos rehacer, recrear, reconstruir y reorganizar nuestra humanidad. Vivimos en un mundo en el que hemos cambiado la brújula por el reloj<sup>2</sup> y en el que no hay tiempo para nada. Hemos olvidado «perder» el tiempo y valoramos el hacer mucho y estar muy ocupados. La educación sigue otros parámetros. No sabe de tiempos ni de prisas, pero sí de no perder el norte. En ese proceso van surgiendo, en quienes somos educadores, un sinfín de sentimientos de esperanza y de frustración.

### Educar y ser educador

Para analizar estos sentimientos es preciso que nos interroguemos acerca de lo que entendemos por «educar». Nos vale la definición de Savater<sup>3</sup>:

«Quien sienta repugnancia por el optimismo, que deje la enseñanza y que no pretenda pensar en qué consiste la educación. Porque educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber que la anima, en que hay cosas (símbolos, técnicas, valores, memorias, hechos...) que pueden ser sabidos y que merecen serlo, en que los hombres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento. De todas estas creencias optimistas puede uno muy bien descreer en privado; pero en cuanto intenta educar o entender en qué consiste la educación, no le queda más remedio que aceptarlas. Con verdadero pesimismo puede escribirse contra la educación, pero el optimismo es imprescindible para estudiarla... y para ejercerla».

Educar es creer en la persona, es apostar por los otros, es confiar en que los demás pueden avanzar, mejorar, crecer, ser mejores y más felices. No

- 
2. De muy interesante lectura es el libro de J.L. TRECHERA, *La sabiduría de la tortuga. Sin prisa pero sin pausa. El tiempo es tuyo: cambiar el reloj por la brújula para tener el norte claro*, Editorial Almuzara, Córdoba 2007.
  3. F. SAVATER, *El valor de educar*, Ariel, Barcelona 1997, 18-19.

hay duda de que educar es fascinante, ya que consiste en ayudar a que otro sea verdaderamente lo que puede llegar a ser.

Por tanto, quien no sienta pasión por la vida ni esté entusiasmado con las personas y sus realidades, posibilidades y potencialidades, nunca será un buen educador.

Cualquier educador, parafraseando a Santos Guerra<sup>4</sup>, trabaja con los «materiales» más excelsos y delicados que podríamos imaginar: las mentes, los sentimientos, las actitudes, los valores, las expectativas de los niños y de los jóvenes. Así, el optimismo y la positividad son aspectos que deben estar en la base de alguien que quiere ser educador.

Ser educador es una aventura continua. Nunca sabes con qué te vas a encontrar ni qué sorpresas y alegrías te va a regalar cada día. Tampoco sabes los retos y dificultades que van a aparecer ante cada nueva situación o invite de la vida. Por eso, los planes que realicemos van a llenarnos de esperanzas y de frustraciones. La razón es muy sencilla: el educador se relaciona y trata con personas que tienen unas determinadas historias, circunstancias, deseos, proyectos... Y se van a ir «chocando» con la realidad de la vida. Por eso hay que gozar de un optimismo antropológico y tener esperanza y confianza en los otros.

Pero a la confianza y la fe en los otros y en lo que pueden llegar a ser le es inherente la esperanza y la frustración. Esperanza es el sentimiento que surge de ver como posible la realización de algo que se desea. La frustración es el estado de decepción emocional por no obtener lo que se esperaba cuando alguien espera realizar un deseo y se ve impedido de hacerlo.

Tanto la una como la otra son estados anímicos, sentimientos, emociones..., y por eso nos afectan tanto y hay que estar atentos a lo que generan y provocan en nosotros. Hay quien dice que «lo que te altera te controla»; y en esto de educar, tanto las frustraciones como las esperanzas deben ser ordenadas, ya que, si no lo son, te alteran y te controlan.

---

4. M.A. SANTOS GUERRA, *La pedagogía contra Frankenstein. Y otros textos frente al desaliento educativo*, Graó, Barcelona 2008, 74.

La mayor esperanza de un educador es su fe incondicional en las posibilidades del otro; la confianza en que los otros pueden avanzar. La mayor frustración surge cuando ese crecimiento no lo es en la medida en que esperábamos que se podía realizar.

La finalidad<sup>5</sup> de cualquier proceso de educación integral se asienta en cuatro pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos, aprender a ser. Por eso, ser educador es «entusiasmante». Sin embargo, hoy no parece entusiasmar. Son muchos los que comienzan con muchas ganas y al poco tiempo están desanimados y quemados. Quizá sea porque no sabían de verdad lo que estaban haciendo ni dónde se estaban «metiendo». Quizá sea porque ellos mismos no tenían claro lo que significaba ser educador. Tampoco el caudal ingente de libros sobre educación da respuestas profundas a lo que significa ser educador hoy. Más que una respuesta, es una opción, una vocación personal. Los libros hablan de funciones, de papel a desempeñar, de relación con las familias y de ser parte de un proyecto.

Si nos centramos en lo específicamente escolar, las estadísticas muestran que es una de las profesiones en las que más problemas de salud mental se dan: crisis de ansiedad, angustia, estrés, «síndrome de “burn-out”», etc. Los maestros y los profesores creen que la implicación de las familias en la educación de sus hijos es uno de los factores clave para mejorarla. Una encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)<sup>6</sup> constató que la iniciativa más importante para mejorar la calidad de la enseñanza era fomentar la implicación de las familias en la educación de sus hijos.

Si nos centramos en lo familiar, cada vez hay más padres dimisionarios y modelos educativos totalmente proteccionistas.

---

5. J. DELORS, *La educación encierra un tesoro. Informe Delors*, UNESCO 1996.

6. CIS, *Barómetro junio 2006*, en línea,

[http://www.cis.es/opencms/ES/1\\_encuestas](http://www.cis.es/opencms/ES/1_encuestas) (Consulta el 24 de junio de 2011).

## ¿Esperanzas e ilusiones o ilusos y frustrados?

Hace años, uno de esos creativos anuncios de la ONCE expresaba como lema, utilizando una canción del grupo «La cabra mecánica», la frase «*no me llames iluso porque tenga una ilusión*». Quizá la realidad de los educadores de hoy en día se mueva entre las ilusiones y lo ilusorio. En algunos momentos, uno vive ilusionado (esperanzado), y en otros vive como un iluso (frustrado).

Cuando hablamos de «ilusiones», podemos entenderlas como motivaciones que nos mueven, que nos dan vida, que nos hacen soñar con un mundo mejor y nos dinamizan y activan para actuar, poner medios, vivir... Pero también pueden ser entendidas como ingenuidad, falta de realismo, poca objetividad, frustraciones.

Entre estos dos ámbitos nos movemos en la educación: *entre tener ilusión y ser iluso*, entre las esperanzas y las frustraciones. Ahora bien, es imposible funcionar como es debido sin tener ilusión e ilusionarse. Es imposible educar sin tener esperanzas. Por eso nos preguntamos qué es lo que nos hace perder la ilusión y las esperanzas o no nos permite tenerlas tan presentes como deberíamos. Como mencionábamos más arriba, en el anuncio citado se nos invitaba a no ser ilusos o a no dejar que nos tachen de ilusos por tener una ilusión: un deseo, un sueño, algo que nos da vida y esperanza. Sin embargo, todos los educadores somos conscientes de la cantidad de personas que han dado el paso, de vivir ilusionados y esperanzados, a vivir frustrados y quemados. Son innumerables los desencantos y frustraciones por los que se pasa día a día, pero también lo son las esperanzas y las ilusiones.

Desde el mundo de la docencia nos ilumina la afirmación de Esteve,<sup>7</sup> quien afirma:

«Hay profesores que viven la enseñanza con alegría, que la convierten en el eje de su autorrealización personal, que piensan en cada hora de

---

7. J.M. ESTEVE, «La formación de profesores: bases teóricas para el desarrollo de programas de formación inicial»: *Revista de Educación* 350 (2009), 17.

clase como una aventura imprevisible, a la que acuden dispuestos a dar lo mejor de sí mismos, y que al echar la vista atrás justifican el valor de su propia vida pensando que han ayudado a miles de alumnos, a lo largo de varias generaciones, a ser mejores personas y a entender mejor el mundo que les rodea, haciéndolos más libres, más inteligentes, más críticos, más fuertes y más preparados para vivir una vida propia».

Pero también nos encontramos con que...

«...para otros profesores la docencia es una fuente permanente de tensión capaz de romper su propio equilibrio personal; cada clase es una amenaza imprevisible, a la que acuden dispuestos a defenderse de unos alumnos a quienes perciben como un enemigo al que no pueden dar la más mínima ventaja y ante quienes están en alerta permanente. Conscientes de que no van a ganar el combate, esperan, como el boxeador noqueado, que les salve la campana que marca el final de cada hora de clase... y la campanada última que marca la llegada de la jubilación».

Si hablamos con cualquier educador, nos daremos cuenta de que lo más importante tiene que ver con la vocación de algo más grande que uno mismo. Es la necesidad de llenar la propia vida aunque sea perdiéndola y dándola. No olvidemos que el grano de trigo que no muere no da fruto. Todos los educadores somos conscientes de que serlo no es un «trabajo» ni una «tarea». Nos llevamos a la cama muchas problemáticas de alumnos o de hijos, muchos sinsabores y alegrías del diario vivir e infinidad de sentimientos que vamos procesando como buenamente podemos.

Sin embargo, hay una pregunta acerca del sentido de todo lo que hacemos y de cómo nos afecta a las personas que somos. Nos cuestionamos si lo estamos haciendo bien, si necesitamos más formación y ayuda, si todo esto tiene sentido.

## Las frustraciones

Tras lo dicho, nos preguntamos cuáles son las principales frustraciones o causas de desilusión.

1ª) Surge de la equivocada acción de muchos educadores que proyectan en sus discípulos sus deseos o proyectos no alcanzados. No desean para sus discípulos que sean libres y elijan por sí mismos, ni siquiera que lleguen allí donde ellos pueden o deben llegar en su desarrollo desde una concepción optimista y esperanzada. Tienen falsas ilusiones con respecto a los educandos. La verdadera esperanza está en creer que los niños y adolescentes no son culpables de las condiciones (biológicas, familiares, ambientales...) que a veces les hacen torpes, antipáticos, irritables, descuidados, etc. Ellos no son culpables de ser como son, pero nosotros sí podemos serlo de no aceptarlos... tal como son. No añadamos al sufrimiento que supone reconocer que «a veces no llego adonde me gustaría» el de pensar que «no me quieren porque no soy capaz de dar una falsa imagen que nunca daré». Esto genera desilusión y múltiples frustraciones.

2ª) La frustración por el hecho de que los educandos, en la mayoría de las ocasiones, eligen desde su libertad y no como a sus educadores les gustaría que lo hicieran. Esta incertidumbre por sus elecciones nos genera miedo. Tener miedo por el futuro es normal, pero que ese miedo sea angustioso puede ser perjudicial para la vida. No deberíamos frustrarnos porque quienes están en el proceso de educación elijan desde su libertad. Al fin y al cabo, ese es el sentido de la educación: la propia autonomía madura y responsable de las personas.

3ª) Suele estar causada por las estructuras familiares, pues los educadores no vislumbran en ellas valores comunes, unidad de criterios, motivaciones conjuntas u objetivos de la educación. Se vive una cierta sensación de abandono con respecto a la educación de los niños y jóvenes. Nadie parece querer ser responsable.

4ª) Tiene que ver con el mundo social, político, legislativo: las leyes existentes en nuestra sociedad y bajo las que tienen que vivir las generaciones en formación son consideradas ajenas a la realidad, apoyadas en intereses partidistas y sin conocimiento de lo que de verdad sería necesario y bueno para la educación.

5ª) La que, a mi parecer, es la más dura nos habla de la frustración de los educadores con los educandos, a quienes ven faltos de interés y motivación y débiles. Ese optimismo que comentábamos al definir la educación

se ve diluido por la actitud de un sinfín de jóvenes que no parecen estar interesados en lo que los educadores quieren o pueden ofrecerles.

6ª) Tiene que ver con los educadores, que no saben bien quiénes son y sienten que han perdido su lugar y sentido en un mundo cambiante y complejo, donde son otras instancias las que parecen educar. Han perdido su identidad y su sentido de educadores.

7ª) La de no tener un horizonte claro. No saber hacia dónde vamos ni cuál es la mejor manera de educar. El mundo cambiante nos sitúa ante una inestabilidad e incertidumbre que genera dudas.

8ª) Hay educadores que no quieren serlo o no son conscientes de que lo son, y por eso se relacionan con los educandos como con colegas. Es frustrante hacerlo, ya que en verdad no dejan de ser lo que son y no llegan a ser lo que querrían.

### Vivir ilusionado y esperanzado a pesar de las frustraciones

La tarea de educar a las nuevas generaciones está inmersa en serios dilemas y contradicciones no exentos de riesgos. Hay una visión de que en la educación todo está en cuestión y todo es opinable, lo cual, a su vez, conduce a minusvalorar la competencia profesional, el rigor científico y la capacidad de los educadores para enfrentarse con garantías a los problemas existentes<sup>8</sup>. Es evidente que los educadores han de realizar su trabajo, conscientes de que, hagan lo que hagan, una parte de la sociedad va a poner en cuestión la actividad que desarrollan. Sin embargo, también es evidente que hay *dos factores que siempre se destacan al hablar de «ser educadores»: el conocimiento y el tener fe*. Esas son las dos grandes bases de la esperanza.

Para poder educar debemos saber hacerlo, y parte de ese conocimiento tiene que ver con la comprensión de quienes están delante de nosotros.

---

8. A. MARCHESI, *Sobre el bienestar de los docentes. Competencias, emociones y valores*, Alianza Editorial, Madrid 2007, 17-18.

Cada educando tiene su peculiaridad, y no podemos olvidarla. Hay que saber quiénes son y cómo es su realidad, para ayudar a que crezcan desde ahí. Inherente a este conocimiento es la fe en los otros; la seguridad de que siempre se puede sacar lo máximo de sus posibilidades, incluso de dimensiones desconocidas para el propio discípulo. Por eso, si partimos de estos dos aspectos del conocimiento realista y de la fe en los otros, surgirán las esperanzas. Estas tienen que ver con los fines y frutos de la educación, que siempre nos ayudarán a vivir ilusionados:

1ª) Todo niño, por el hecho de serlo, posee la capacidad de crecer, de madurar y de ser feliz.

2ª) Todos los educandos son iguales, pero no idénticos. Todos tienen los mismos derechos, pero nunca hay dos personas exactamente iguales ni debemos nunca tratar a todos por igual, sino como cada uno merece y necesita. La esperanza está en que cada uno de ellos puede llegar a ser quien es y lo mejor que puede ser, de acuerdo con sus potencialidades, si lo tratamos como necesita.

3ª) La misión del educador es educar. Es decir, ayudar al crecimiento global/integral de la persona conforme a unos valores y a un sentido de la vida. Por eso hay que tener confianza en los educandos, pero desde la libertad. Son libres de elegir aquello que consideran que les va a ayudar en su educación o no. Hay que educarles para ser libres. La práctica del arte de educar requiere la práctica de la fe. La presencia de dicha fe es lo que determina la diferencia entre la educación y la manipulación. «Educar» significa ayudar al niño a realizar sus potencialidades. Tener fe requiere coraje, apuesta por el otro, riesgo, confianza e incluso apertura al dolor y a la desilusión. La esperanza está en saber que muchos lo van a lograr.

4ª) A través de la educación se consigue que la gente se acepte y se quiera a sí misma tal como es y acepte y quiera a los demás tal como son. No queremos gente perfecta, sino gente madura, dueña y responsable de sus vidas y de quienes son. Esto generará una sociedad más tolerante, respetuosa, comprensiva y mejor. Aceptar es establecer una relación positiva con lo real. La aceptación es la sensatez que distingue lo que me gustaría, lo que me apetecería, de lo que, por ser yo y mi circunstancia, es la realidad que me integra y me afecta.

5ª) La educación siempre es un proceso de comunicación, y esta, si está bien establecida, siempre es positiva. No puedo ser educador si no comunico lo que pienso, siento y vivo. Hay que buscar espacios y momentos específicos para hablar, comentar, pensar, reír, llorar. Hay que potenciar la comunicación siempre. Eso hace bien a los maestros y a los discípulos.

6ª) Educar es dar vida a los demás y a uno mismo. Como escribía Dominique Lapierre, *todo lo que no se da se pierde*. Al educar a otros, nos damos y, por tanto nos encontramos.

7ª) Los educandos y sus mundos nos transforman para mejor. Vivimos, estamos y somos el mundo en el que vivimos. Este mundo nos forma y nos conforma a todos y cada uno de nosotros, y en él vamos a ser educadores. Nos vamos haciendo conscientes de lo que está ocurriendo en el mundo y de cómo eso nos afecta y moldea en nuestra manera de pensar, vivir y actuar. El proceso educativo nos hace mejores y más abiertos a la realidad.

### **Cómo responder a las frustraciones y a las esperanzas**

Hay que tener un proyecto educativo realista. Debemos analizar qué es lo que consideramos esencial y fundamental y qué pensamos que es superficial y accesorio. Debemos plantearnos cuáles son nuestros innegociables, qué sentido tiene para nosotros la educación y hacia dónde queremos ir. Hay que tener en cuenta cómo soy yo como educador y cómo son los educandos personalmente.

Ser educador es algo que hay que cuidar. Es un regalo, y debemos hacerlo con alegría. Por eso debemos estar atentos a nuestras propias demandas, necesidades, inquietudes..., para no perder ni la ilusión ni el humor.

Para que la educación sea realista debe apoyarse en la realidad de cómo son todos los protagonistas en el proceso educativo: los educadores y los educandos. Aceptar que cada uno tiene su propia vida, sus propios gustos, sus propios intereses, inquietudes, deseos y proyectos. Puede que coincidan con los míos o puede que no, y por eso ese proyecto debe incluir el realismo de que ellos son lo primero.

Hay que cuidar los propios tiempos y espacios para detenerse, descansar, disfrutar, pensar, reflexionar, rezar... Cada cual sabe qué necesita y en qué momento está para potenciar unas dimensiones u otras. Esto, por los ritmos de vida que llevamos, solo se puede hacer buscando momentos y lugares concretos para ello. No lo dejemos y fijémoslo en nuestra agenda.

Había un vídeo publicitario de una conocida marca de refrescos que decía textualmente que «*la vida diaria es una gozada, y es una suerte poder vivir*». Lo que destaca el vídeo es que para ser felices hay que valorar siempre las cosas pequeñas: abrazar a mi mujer, estar con un amigo, contemplar un amanecer... En la vida, en la educación, hay que ser agradecido y valorar lo que se nos regala, siendo conscientes de las dificultades que existen y cómo estas nos pueden ayudar a valorar más lo que tenemos y lo que somos.

El educador es una persona de esperanza, que confía en la libertad del educando más allá de los condicionamientos que amenazan su desarrollo como persona. Por eso, lo que educa, lo que acompaña, lo que ayuda al crecimiento, son las vidas, los modelos: lo que se ve. Lo que dura y persevera no es lo que se dice, sino lo que se hace. No es solo transmitir información, sino vivir y hacer.

### ¿Se puede ser educador cristiano?

Si recorremos todo lo escrito hasta ahora, es evidente que todas las dimensiones necesarias en un educador son valores transversales específicos del mensaje evangélico. Además, como decíamos al comienzo de esta reflexión, toda nuestra vida estamos educando. Así mismo ocurre con nuestro ser cristiano. Si lo somos, ello afecta o debería afectar a todas nuestras vidas y, por tanto, a toda manera de relacionarnos y de educar a los otros. No es un sombrero que nos ponemos ni un adorno que añadimos. Si vivimos (educamos) en cristiano, nuestra mayor fortaleza y base estará en lo cristiano, que es la piedra angular de nuestras vidas y, por tanto, afectará a todas las dimensiones de nuestra vida.

La confianza y la apuesta incondicional por los demás, de la que hemos hablado varias veces, se vive de manera diferente desde la fe y la seguri-

dad de que Dios interviene en todas las cosas y en todas las personas. Creemos que Dios vive en los demás y se va manifestando a través de ellos. Ahí está el sentido profundo del educador cristiano. Y esos deberían ser los dos grandes objetivos de la educación cristiana: hacer posible que los discípulos tengan *experiencia personal de Dios* y conseguir *la transformación del corazón* con una especial inclinación hacia los más necesitados.

Ser educador cristiano es amar al educando. Y, como dice San Pablo, «el amor es paciente, afable, no lleva cuentas del mal, lo aguanta todo, no se jacta ni se engríe; el amor no acaba nunca... Y si no tengo amor, no paso de ser una campana ruidosa y no tengo nada». No podemos perder el norte y olvidar que a los educandos hay que quererlos y cuidarlos tal como son.

Si miramos al «educador», el «Maestro» por excelencia, Jesús de Nazaret, fue la persona que más quiso, cuidó, creyó y apostó por los demás y sus posibilidades. Insistió una y otra vez en dar una y mil oportunidades, porque estaba convencido de que todos podemos avanzar, mejorar y crecer. La misericordia, el perdón, la confianza y la fe en los otros y sus posibilidades fue lo que les ayudó. Eso sí, siempre poniendo la responsabilidad de dar pasos y tener auto-confianza o fe en los demás. «Tu fe te ha curado» es una constante que podríamos transformar en «tu esperanza, tu confianza y tu trabajo, más allá de lo que yo haga, es lo que te ha educado».

Por tanto, si somos educadores cristianos las esperanzas y las frustraciones que vivamos deben ser vividas «en cristiano», como todas las dimensiones de la vida. Eso, sin olvidar, que los educadores podemos ser cristianos y que nuestros educandos no lo sean. Ellos, por encima de todo, son libres.

Por eso un educador cristiano debe vivir con más radicalidad todo lo que significa renuncia a uno mismo. Como decía Jesús en el Evangelio, «*si el grano de trigo no muere, no da fruto*». Tenemos que dar fruto, y un fruto abundante. En este caso, conviene que el grano (el educador) «muera» para que el educando dé fruto.

Por eso, lo más importante es vivir con actitud de agradecimiento a Dios. Ser educador es precioso y maravilloso, a pesar de todos los sufrimientos, sinsabores, esfuerzos y «muertes» que provoca, y por eso hay que vivir en una constante acción de gracias a Dios por tanto bien recibido. No podemos olvidar que Dios es Padre, y eso significa que sabe los sinsabores y sufrimientos de sus hijos. Apoyémonos en Él, confiemos en Él, pero siempre desde la acción de gracias.

La aventura de ser educadores es eso: una aventura; por tanto, hay que vivirla. Cada día de vida es el primero del resto de nuestras vidas, pero es uno menos en nuestro caminar. Seamos educadores y muramos en el intento dando vida, porque merece la pena y porque las esperanzas son mayores que las frustraciones. Desde la fe, solo podemos esperar contra toda esperanza.